

“El pasado nos espera en el mañana”: la alternativa catalana de Ernest Lluch

Joan Fuster / Vicerrector de Actividades y Relaciones Culturales de la Universitat Oberta de Catalunya.

*L'alternativa catalana*¹, el último libro de Ernest Lluch, recorre, como indica el subtítulo, la teoría y la acción de los austriacistas –protagonizada por el catalán Ramón Vilana Perlas y el aragonés Juan Amor de Soria–, en el período que va desde el inicio del pleito dinástico en 1700 hasta 1740, pasando por la derrota de 1714. Es decir, explicando los motivos del inicial y persistente austriacismo de los reinos de la Corona de Aragón, que Lluch atribuye a la mayor sintonía de la casa de Austria con la tradición catalano-aragonesa, de una monarquía compuesta, plural y concéntrica, y a un constitucionalismo purificado en evolución hacia formas de parlamentarismo representativo, sin que llegasen, no hace falta decirlo, a ser plenamente democráticas. Y siguiendo la peripecia de aquellos austriacistas, que con estas ideas fueron al exilio y jugaron un papel decisivo en el entorno del Emperador, aquellos que después de la derrota de 1714 ejercieron el poder y desplegaron su programa en la corte vienesa, formando el partido español.

Si el último tercio del siglo XVIII estuvo en el centro de la obra de Lluch, en esta última obra nos encontramos con un retroceso hacia la primera mitad del siglo, buscando quizás la continuidad entre la obra de Narcís Feliu de la Peña y la generación ilustrada que él había estudiado tan bien. Una continuidad del pensamiento político catalán que habría superado la adversidad de la derrota y del régimen de la Nueva Planta, poniendo las bases del catalanismo moderno y preservando una idea de España que saldría vencida pero no extinguida, y que más adelante tendría diversos renacimientos hasta hoy mismo.

Ernest Lluch prestó una atención principal al siglo XVIII, desde su tesis doctoral, *El pensament econòmic a Catalunya (1760-1840). Els orígens del proteccionisme i la presa de consciència de la burgesia catalana*. (Barcelona, 1973), que lo tuvo ocupado durante diez años, y que constituyó la base sobre la que construyó su obra de historiador de las ideas económicas, –un campo que nunca abandonaría, pero que iría ampliando, primero hacia la historia cultural, para acabar abrazando la del pensamiento político y en un sentido amplio la de la cultura política–. Siempre a la búsqueda de los cimientos intelectuales del resurgir catalán del XIX, en un siglo XVIII que no se había perdido. Si Vilar había mostrado cuáles habían sido las bases económicas de la Cataluña moderna, y por tanto las continuidades materiales de la realidad catalana, Lluch se esforzó, en una larga progresión, en encontrar unas continuidades culturales e ideológicas que iban en paralelo.

En 1970 publicaba en el primer número de la revista *Recerques* un trabajo con el significativo título de “*La Catalunya del segle XVIII i la lluita contra l'absolutisme centralista. El projecte de Abogad General del Públic de Francesc Romà i Rosell*”. En él por identificaba por primera vez un tema sobre el que volvería reiteradamente, la relación entre resistencia anticentralista y reformismo ilustrado. Si se quiere, y más ampliamente en el caso español, la compatibilidad entre modernización económica y formas políticas representativas y descentralizadas. La idea que en estos últimos años

lo llevaría a rastrear la relación de continuidad entre la ilustración catalana y la Cataluña vencida de 1714.

Esta idea prematuramente concebida tomó un impulso definitivo a partir de 1986, año de la elaboración de su memoria de traslado de cátedra a Barcelona. Un trabajo que realizó siendo aún ministro y que incorpora, muy probablemente, el conjunto de experiencias y la confirmación de intuiciones que el paso por la política activa y el ambiente madrileño habían convertido en firmes convicciones. Este trabajo, publicado parcialmente en el artículo "*La il·lustració catalana. L'esforç per projectar un país*", *l'Avenç* 102 (Barcelona, 1987), es el punto de partida sobre el que Lluch construiría a lo largo de diez años *La Catalunya vençuda del segle XVIII. Foscors i clarors de la Il·lustració* (Barcelona, 1996), que en su versión castellana adopta el significativo título de *Las Españas vencidas del siglo XVIII: claroscuros de la Ilustración*. Una traducción muy definitoria: la guerra de Sucesión no es sólo la derrota de una idea catalana o austriacista, sino la de una idea de España, una idea que se expresa en lo plural.

Esta maduración del pensamiento de Ernest Lluch al que aludimos, la expresa él en los siguientes términos: "El setecientos catalán nunca me ha dejado, pero hasta hace poco tiempo no me he hecho sobre él 'cierta idea' general. Ahora pienso que la tengo y la actualidad me ha ayudado. Algunos hundimientos ideológicos han dejado intocados los valores de la Ilustración". Los hechos de actualidad apuntan hacia el hundimiento definitivo de las falsas soluciones construidas a lo largo del siglo XX, y con ellas cierta tendencia a ver la historia como un proceso que avanza a saltos, y donde el estudio de estos momentos de aceleración, las revoluciones, se convierte en imperativo metodológico –habiendo sido sobre todo imperativo ideológico. De aquí la insistencia en las continuidades, si se quiere quizás en las continuidades de las formaciones históricas, que parece imponerse progresivamente en esta "cierta idea" del XVIII catalán. Un punto de vista que remite al debate sobre el origen de los nacionalismos que se ha desarrollado en los últimos años, en el ámbito académico internacional a partir de la publicación del libro de Ernest Gellner (Oxford, 1983), en gran parte difundido en España por Eric Hobsbawm, y la contestación que la tesis "modernista" de los mismos –la idea de que las naciones son una creación contemporánea– ha recibido posteriormente.

En esta "cierta idea", a la "Rubió i Balaguer" –la autoridad que Lluch invoca–, encontramos un esquema general del desarrollo del setecientos catalán y, al menos, tres ideas claves. El esquema tiene un momento político determinado, la derrota de 1714, con la liquidación lingüística. La persistencia en el exilio interior y exterior –los hombres de Viena– de un austriacismo, que se quiere purificado. A partir de 1760 planteamientos reivindicativos austriacizantes, dentro del esquema general borbónico, con algunos éxitos. La vindicación en la Cortes de Cádiz –muy especialmente por parte de Campmany– de las libertades de antes de 1714, recordadas y escritas, y finalmente legadas al siglo XIX haciendo posible la *Renaixença* cultural y más adelante política. Un esquema naturalmente polémico, tal vez concebido precisamente para la polémica.

Un esquema y tres ideas claves que están relacionadas con él. El despertar de la personalidad catalana no comienza por la lengua, sino por aspectos más globales, políticos y económicos. Poner el acento en la lengua es un reduccionismo simplista, que induce a una interpretación equivocada del país. La *Renaixença* no es un fenómeno romántico, sino el fruto de una auténtica Ilustración catalana, que tiene una vertiente historiográfica, otra de pensamiento económico y una tercera cultural, a través de obras contemporáneas significativas que tomadas en su conjunto se convierten en un esfuerzo por "proyectar un país", tan sólo comparable, en la Cataluña

moderna, al de la generación novecentista; los temas y argumentos del diecinueve catalán saldrían de este impulso que continuaría con la *Renaixença* y más allá. Y, por último, este florecimiento ilustrado es la culminación de una línea general del siglo – paralelo a la floración económica que ha descrito Vilar– que, aunque adaptándose al contexto político general –el exilio de Viena, el reformismo de Carlos III dentro del marco borbónico, o las Cortes de Cádiz–, mantiene como referencia política inmediata –de ningún modo remota o mítica– las viejas libertades anteriores a 1714, con una idea confederal de la monarquía hispánica, y su carácter pactado o constitucional, con evoluciones diversamente representativas según los contextos históricos sucesivos “algunas cosas que no se habían interrumpido”, entre ellas la vindicación de un autogobierno catalán.

Es justamente esta última idea la que ocupó los trabajos de Lluçh en los últimos años y que culminan con *L'alternativa catalana*. Retomando lo que no se había interrumpido, y explorando la alternativa perdedora a través de sus protagonistas exiliados, Lluçh adopta la idea compartida con Josep Fontana de que la sociedad catalana en las postrimerías del seiscientos avanzaba hacia una modernización, que podría haber evolucionado hacia un proyecto de gobierno representativo como los que había en Inglaterra o en Holanda, una posibilidad abortada por el absolutismo borbónico a partir de 1714. Y se esfuerza en combatir la idea de una modernización económica inducida por este gobierno absoluto y centralista, considerándola una construcción ideológica del centralismo, convertida en un mito académico que conviene desmontar.

He aquí las preocupaciones académicas y políticas de Lluçh, antes de ser asesinado: “El fruto de las fatigas de los austriacistas no parece tan inútil como parecía, si lo analizamos desde la óptica de la Constitución de 1978, mucho más cercana a su espíritu que al vencedor bélico e ideológico Felipe V durante más de dos siglos y medio. La historia dio una vuelta que ha durado casi 300 años, como en Escocia, pero ya se sabe que la historia es, en muchos casos, ‘el pasado que no pasa’. En versos de Joan Margarit: *‘El pasado nos espera en el mañana:/va siempre más deprisa que nosotros’*. Efectivamente, esperaba en el mañana. Diversos fueron los futuros y breves renaceres hasta un final más satisfactorio: el partido aragonés del Conde de Aranda con catalanes y no catalanes, Antoni de Campmany con su libro y con sus discursos en las Cortes de Cádiz, Víctor Balaguer con la primera publicación catalanista, *La Corona de Aragón*, los republicanos federales, aragoneses, mallorquines y valencianos con el Pacto de Tortosa y, finalmente, las reediciones de los dos grandes textos austriacistas post 1714 que hizo el catalanismo político a fines del siglo XIX. La alternativa catalana (y aragonesa en general) defendida y construida entre 1714 y 1740 continuaba manteniendo su vigor y quizás aún lo mantiene”.

Fiel a la idea de que los estudios son útiles en la medida en que pueden contestar las preguntas teóricas pertinentes para entender nuestro pasado y nuestro presente, Lluçh toma todos los riesgos. Consciente como había escrito en 1986 de que “algún interlocutor me ha hecho ver que puedo ser acusado de ‘presentismo’ personal y político. Si así fuese, estoy dispuesto a escucharlo”, no tiene inconveniente, como decía, de practicar la lucha ideológica, queriendo decir a su manera provocativa que no hay proyecto intelectual sin compromiso, sin pasión por las ideas. Y sin embargo, este último libro de Lluçh, con un planteamiento más intuitivo que demostrativo –a pesar de presentar un aparato erudito innegablemente valioso–, sólo puede ser considerado como una puerta abierta. Un inicio que puede tener desarrollos posteriores, corrigiendo la idea original. Ni el carácter polemista que conduce a Lluçh a exagerar sus propias tesis –en los últimos tiempos estaba muy preocupado por la regresión ideológica que se advierte en la historiografía española, y se disponía a hacerle frente–, ni tampoco el valor erudito del texto, no nos han de despistar de lo

que a mi entender es su principal mérito. Las polémicas pasan, se apagan o cambian de sujeto, son una urgencia de la actualidad. Las construcciones eruditas tienen siempre el valor limitado de la revisión, la reconsideración, que el propio Lluch hubiese podido hacer en la continuación de su obra, siendo naturalmente la base del progreso científico, pero el principal valor de esta última obra de Lluch está en la coherencia de su visión general del proceso histórico –catalán y español– y un vigor narrativo que inevitablemente recuerda a los grandes historiadores románticos –y el magisterio de aquel Vicens maduro de *Industrials i polítics*–, esta capacidad extraordinaria para transmitir el sentido del devenir histórico, construir una “verdad histórica operativa”, que sobrepasa, a menudo, el mismo valor crítico o literario de un texto. Siempre he tenido esta impresión leyendo a Ernest Lluch, él, tan curioso siempre por el saber concreto, tan riguroso en su trabajo de investigación, tan novecentista en el estilo, lo que realmente nos lega, con una claridad inhabitual, es una visión, una idea de Cataluña, de un patriotismo indiscutible, heterodoxa, y en la que, no obstante, no puede dejar de reconocerse uno de los retratos más precisos del pensamiento catalán moderno que se ha hecho en los últimos años. Y al mismo tiempo una idea de España, finalmente reconciliadora, la reconciliación que los vencidos hemos buscado una y otra vez, la que ha hecho viable la transición democrática de estos años recientes, y que se encuentra en el corazón del mismo catalanismo como movimiento. Todo esto seguramente le costó la vida –cuando menos por lo que dice el comunicado de ETA que reivindica su muerte–. Pero todo esto, también, está escrito, puede ser discutido, continuado, criticado y revisado.

La alternativa catalana, las Españas, no ha triunfado completamente, es sólo uno de los caminos posibles. Hemos recorrido un buen trecho de ese camino en estos últimos años, pero la historia siempre está por escribir; sería una lástima que una vez más viviésemos un breve renacer.

¹ *L'alternativa catalana 1700-1714-1749. Ramon de Vilana Perlas i Juan Amor de Soria.* Ernest Lluch. Eumo, Barcelona. 2000